

Las cojeras no las producía la alimentación

Las cojeras suponen el segundo problema médico de nuestras explotaciones, solo superadas por la mastitis. Así mismo, son la tercera causa de desecho involuntario en la granja, siendo la primera el fallo reproductivo y la segunda la calidad de la leche; incrementando, además, el riesgo de sufrir las otras dos causas de desecho. Por todo ello, como bien sabemos, las cojeras suponen un coste enorme para nuestro negocio. En el coste obvio de la vaca que va prematuramente al matadero hay que incluir los costes de la pérdida de producción láctea, los tratamientos curativos y la mano de obra extra que suponen y los costes de los tratamientos preventivos como baños podales y arreglos correctivos, realizados por nosotros o por especialistas.

Cuando hablamos de control reproductivo todos estamos familiarizados con la sistemática de trabajo de la medicina de la producción. Periódicamente se realizan visitas para diagnosticar todos los animales, tanto los sanos como los problemáticos, se evalúa la situación de la granja usando índices, se fijan los objetivos deseados y se aplican protocolos para alcanzarlos. El ganadero tiene su propio programa informático de gestión reproductiva y en caso de no tenerlo, su veterinario le suministra los informes correspondientes después de las visitas. De una u otra manera, de cualquier vaca

tendremos todos sus datos reproductivos, con sus fechas, eventos, tratamientos, etc. Cuando la reproducción va mal se diagnostica el problema y se busca un tratamiento individual, si lo hubiera, y una profilaxis colectiva, si fuera necesaria. Así, por ejemplo, se realizan cambios de manejo, de alimentación o se vacuna de IBR o de BVD para tener una mejor reproducción.

Lo mismo sucede con el control de la calidad de leche, basado en la medicina de la producción. La información se obtiene del control lechero oficial o de programas particulares semejantes, de los análisis microbiológicos de la leche y de las visitas veterinarias. De igual manera se determina la situación de la granja, se hacen los diagnósticos y se fijan objetivos. Para alcanzar esos objetivos, se modifican las rutinas de ordeño, se mejora el manejo, la alimentación, la higiene y se aplican tratamientos terapéuticos o profilácticos cuando son necesarios y siempre basados en un diagnóstico previo. La mayoría de las granjas, al igual que sucede con la reproducción, tiene datos individuales de cada vaca y globales del rebaño.

¿Pero qué pasa con las cojeras? ¿Se hace medicina de la producción? ¿Hay programas informáticos de control? ¿Conocemos la situación de cada vaca individual y la situación del rebaño? Pues sí hay programas, ya que disponemos del I-SAP de recogida de información podal de CONAFE; pero la verdad es que son muy pocas las granjas que afrontan el problema de las cojeras de una manera racional, lo que hace que sea casi imposible solucionarlo.

Este otoño, en el plazo de poco más de un mes, he asistido a dos explotaciones muy distintas con problemas podales muy parecidos.

El primer caso se trataba de un cebadero de unas 4.000 cabezas situado al norte de la ciudad de Ankara, en Turquía. Durante una semana estuve trabajando en grandes granjas lecheras con diversos problemas médicos. El país está modernizando la producción tanto de carne como de leche y son muy comunes las grandes explotaciones, de hasta 9.000 cabezas, en las que al ganado de ordeño y a la recría se suma el cebo de los terneros propios. Pero la empresa que me llevaba tenía un especial interés en aquel cebadero y se buscó un hueco entre las granjas lecheras para visitarlo. Se trataba de un cebadero moderno con animales de origen turco, uruguayo, mejicano y francés. Los propietarios solo estaban interesados en que viéramos el problema de las cojeras, puesto que los problemas respiratorios y digestivos, los más comunes en cualquier cebadero, los tenían aparentemente contro-



Juan Vicente González Martín.

DVM, PhD, Dipl. ECBHM.

Profesor Titular Dpto. de Medicina y Cirugía Animal,
Facultad de Veterinaria, UCM

TRIALVET Asesoría e Investigación Veterinaria SL.

www.trialvet.com.

lados. Las instalaciones eran impecables, salvo los primeros 20 días de estancia, que los pasaban en patios semicubiertos, el resto del cebo lo pasaban en el interior de unas naves enormes.

Los corrales se limpiaban con arrobaderas o tenían suelo emparrillado y la alimentación era unifeed, todo más parecido a nuestras explotaciones lecheras que a nuestros cebaderos. Las cojeras aparecían en la última mitad del cebo y especialmente en los terneros de mejor genética, los franceses, mayoritariamente charoleses y limusines.

Cuando pregunté por la incidencia, me dijeron que alrededor de un cinco por ciento de los mejores terneros no terminaban el cebo por causa de las cojeras. Estaban convencidos de que se trataba de un problema de alimentación, en concreto acidosis ruminal, porque mucha gente que visitaba la explotación así se lo había dicho. Por ello, me enseñaron las fórmulas de las raciones, diversos análisis de la mezcla unifeed basada en pienso y paja e informes de expertos nutrólogos que habían consultado previamente.

La alimentación puede influir en las cojeras de diversa manera. Una pobre alimentación, que dé lugar a carencias bien generales, con gran pérdida de peso, o específicas, como pueden ser las de ciertos microminerales, puede hacer que se genere un casco de mala calidad y predisponga a las cojeras. Pero lo que más le preocupa a la gente es que la ración produzca acidosis ruminal y ésta a su vez, laminitis que cause las cojeras.

En los caballos es bien conocido ese problema. Las toxinas que se generan por una acidosis digestiva o una infección, de matriz por ejemplo, alteran el riego sanguíneo del pie y se produce una cojera gravísima en las cuatro patas. Esas cojeras muy agudas que aparecen en las cuatro patas a la vez también se pueden ver en el ganado vacuno. Son esos animales, tanto terneros de cebo como novillas de recría, que andan de rodillas, pero afortunadamente son rarísimas. Sin embargo, en el ganado vacuno adulto ese tipo de cojera no se produce.

Volviendo al caso del cebadero, comencé revisando a los animales y todo el manejo de los mismos desde su entrada. No vi heces diarreicas, ni siquiera blandas; tampoco animales timpanizados y cuando les pregunté si ellos habían observado animales con alguno de esos signos clínicos me dijeron que no. Si no hay diarreas o timpanismos no es necesario realizar análisis de la ración para saber que no tenemos acidosis.

Al mismo tiempo busqué animales cojos, observé los aplomos y los cascos. Hasta los tres meses de estancia todo estaba perfecto, pero a partir de ahí empecé a ver cojeras. Los animales no tenían los cascos largos, eran normales o incluso más cortos de lo habitual, y los aplomos eran buenos. No obstante detecté que los animales cojos apoyaban metiendo las patas hacia adentro.

El cebadero tenía dos empleados encargados de arreglar los cascos de los animales cojos, los cuales no tenían formación especializada, sino que seguían las costumbres tradicionales de los casqueros locales. Como no tenían registros de los animales que trataban ni sabían describirme con exactitud las lesiones que veían, elegí algunos animales cojos y les pedí que los trataran. Al limpiar la palma con la legra en todos los casos se vio lo mismo, la enfermedad de la línea blanca. La causa de este problema podal está más relacionada con los traumatismos que sufre el casco, especialmente fuerzas de tracción laterales, que con cualquier otra cosa.



Al limpiar la suela de uno de los terneros, se pudo observar la enfermedad de la línea blanca en ambas pezuñas.

Cuando el carro unifeed administró la comida vimos cómo se producían peleas entre los animales por comer los primeros ya que en la línea de comedero no cabían todos los animales de los corrales de una vez. Esas peleas unido al tipo de suelo, emparrillado en el centro e inclinado en los lados, era la causa del problema.

El otro caso del que quiero hablar es muy semejante al anterior. En esta ocasión se trataba de una granja lechera del norte de Castilla y León con unas ciento treinta vacas en ordeño y alrededor de los veintiocho litros de media con grasa y proteína normales.

La explotación se trataba de un antiguo edificio que se había ido ampliando y que por cuestiones de estructura y miedo al frío estaba muy cerrado. Los animales se alojaban en cubículos y tenían alimentación unifeed. Había ido a visitar la explotación porque tenía un grave problema de cojeras y los ganaderos también se quejaban de problemas con los desplazamientos de cuajar.



En esta pezuña se puede ver cómo en la separación de la línea blanca se va introduciendo suciedad

Las cojeras no las producía la alimentación

Las vacas cojas eran "arregladas" por ellos mismos y un día al año, un podólogo profesional hacía el arreglo correctivo a todas las vacas. De la misma forma que en el caso de Turquía, creían que el problema era debido a la alimentación.

Una de las muchas personas que visitaron la ganadería les había dicho que era un problema de micotoxinas, ya que el concentrado de la ración estaba basado en harina de maíz y podía tener hongos. Por ello les habían aconsejado usar un secuestrante de micotoxinas y así lo habían hecho, con el consiguiente gasto suponía el secuestrante (unos 3000 euros anuales). Como el problema persistía les habían recomendado cambiar el maíz por cebada y lo hicieron.

En esta ocasión sí que les pedí que me mostraran los análisis del maíz o de la mezcla para saber de qué micotoxinas se trataba. Para mi sorpresa no se habían hecho análisis. Entonces les pregunté por qué sabían que el maíz estaba contaminado, a lo que me contestaron que les habían dicho que le pasaba a todo el mundo y que la prueba de que lo tenían era la cojera de las vacas.



Los suelos anfractuosos y con desniveles, unido al excesivo número de animales, favorecen la aparición de la enfermedad de la línea blanca

Revisé los animales y encontré, al igual que en el caso del cebadero, que no había heces excesivamente blandas, ni otros signos que me hicieran sospechar de acidosis. Pese a ello, se realizó un análisis del picado y la fibra efectiva de la ración con las cribas de la universidad de Pensilvania junto a un análisis de las heces y aunque los resultados de las pruebas no fueron los ideales, tampoco justifica-

ban posibles laminitis. No había vacas con los cascos largos, pero sí vi vacas cojas que tenían abscesos abiertos por encima del casco. Al preguntar al ganadero me indicó que eso era común. También vi, en vacas tumbadas, la parte de la suela del casco y en ella se podía observar problemas en la línea blanca. Además de la enfermedad de la línea blanca también había bastantes casos de dermatitis digital. Revisé las instalaciones. Todo estaba muy limpio, pasaba la arrobadera cada tres horas y consecuentemente las vacas también estaban excepcionalmente limpias. Como corresponde a instalaciones viejas ampliadas en distintos momentos había muchos escalones, suelos muy abrasivos descañados con chinás haciendo protrusión, rayados irregulares, etc. A todo ello se le sumaba la falta de ventilación y lo más importante, tenían diez cubículos y treinta amarres menos que vacas.

Las dos explotaciones tenían el mismo problema, la enfermedad de la línea blanca. De todas las enfermedades podales, ésta es quizá la que tiene una etiología traumática más acusada. Fuerzas laterales separan la pared del casco de la suela por el punto más débil, la línea blanca. Posteriormente la lesión se contamina con la suciedad del suelo y se forma un absceso que suele progresar hacia arriba y se abre por la unión del casco con la piel. Las dos explotaciones tenían suelo de hormigón, con inclinaciones, escalones y superficie irregular, por los suelos emparillados en un caso y rallados en otro. El hecho de tener un número mayor de animales que de espacio en el comedero y superficie de descanso, hace que éstos interactúen más de lo debido y se produzcan desplazamientos laterales bruscos. Además de los factores traumáticos, la suciedad y la humedad ambiental o del suelo también debilitan la queratina de la que está formada la pezuña. Las dos explotaciones estaban muy limpias, pero la falta de ventilación hacía que la humedad ambiental fuera excesiva. La solución era la misma en los dos casos. Evidentemente el suelo no era el ideal, pero cambiar eso es muy costoso. Lo más fácil es disminuir la densidad de animales. En ambas granjas sobraba alrededor del quince por ciento de cabezas. Tener más animales de los que caben en nuestras instalaciones es uno de los errores mayores y más frecuentes que se cometen en ganadería.

A su vez, hemos visto en ambos casos cómo los diagnósticos imprecisos, realizados por personas legas en la materia y no basados en evidencias objetivas, originan grandes pérdidas económicas y la persistencia o agravamiento de los problemas de la granja.

